dos de donde nacen lazos verdaderos. Mas aquellos que ligan el respeto en particular á tal ó tal, son lazos de imaginacion.

66.°—Somos tan desgraciados, que no podemos recibir gusto en cosa alguna, si no es á condicion de disgustarnos el mal éxito que puede tener, y que, por otras mil cosas, tiene en efecto á cada instante. Quien hubiese encontrado el secreto de gozar el bien sin tocar nunca al mal contrario, habria dado en el punto de la mayor dificultad.

ARTICULO X.

Diversos pensamientos filosóficos y literarios.

1.°—A medida que hay mayor perspicacia en el entendimiento, se encuentra mayor número de hombres originales. Las gentes comunes no advierten diferencia entre los hombres.

2.°—Se puede tener un juicio recto, y no caminar en todo rectamente: hombres de buen discernimiento en ciertas cosas se alucinan en otras. Unos, de muchos principios deducen bien las consecuencias; otros, solo de pocos las deducen de la misma manera. Así pues, los que por ejemplo comprenden bien los efectos del agua, sobre la cual hay muy pocos principios pero cuyas consecuencias son tan sutiles que solo una gran perspicacia es capaz de alcanzarlas, no serian acaso grandes géometras; porque puede ser tal la naturaleza de su espíritu, que penetrando á fondo los pocos principios no alcancen á las cosas en que hay muchos, como en la geometría que comprende un gran número de ellos.

Luego hay dos espíritus de diferente especie: uno el de penetrar viva y profundamente las consecuencias de los principios; y hé aquí el espíritu de exactitud (1): otro el de comprender un gran número de principios sin confundirlos; y hé aquí el de geometría. Este consiste en su extension, aquel en su fuerza y rectitud. Así pues, el espíritu puede ser fuerte y reducido del mismo modo que débil y extenso; y tambien puede hallarse en él lo uno sin lo otro.

Hay mucha diferencia entre ambos. En el espíritu de geometría los principios son palpables; y aunque tan desviados del uso comun, que por falta de hábito apénas puede volverse la cabeza hácia este lado, vistos de lleno por poco que se incline, seria preciso tener un juicio enteramente falso para discurrir mal; porque se manifiestan con tanta claridad y tan de bulto, que es casi imposible que se escapen.

No sucede lo mismo en el espíritu de sutileza: aquí son los principios de un uso general: se hallan á vista de todo el mundo, y no hay necesidad de volver la cabeza ni de hacerse violencia. Solo se trata de tener buena vista, pero es preciso tenerla penetrante; porque los principios son tan delicados y en número tan grande,

(1) Entiendo que debe leerse aquí *espíritu de sutileza*, por oposicion al *espíritu de geometría*, que es propiamente el espíritu de método, el *espíritu de exactitud*. Por otra parte, toda la serie de este pensamiento parece que lo prueba. Con efecto, se puede tener mucha vivacidad, mucha sutileza de espíritu, y carecer de juicio, es decir, de aquel espíritu de meditacion y raciocinio que penetra los principios, ve de una ojeada las relaciones de las cosas entre sí, y sabe deducir las consecuencias (Ed. de 1821.)

que es sumamente dificil que no se escape alguno: y como el omitir cualquiera de ellos conduce al error, es menester desde luego que la vista sea clara para poder ver todos, y que despues sea el sepíritu exacto para no raciocinar falsamente sobre principios conocidos.

Así es que todos los geómetras serian sutiles si tuviesen la vista perspicaz, porque no raciocinan falsamente segun los principios que conocen; y los espíritus sutiles serian geómetras si pudiesen someter su vista á los principios de geometría, á que no estan acostumbrados.

El no poder inclinarse á ellos es causa de que ciertos espíritus sutiles no sean geómetras; mas la de que no sean sutiles estos, proviene de que no ven lo que tienen delante, y de que habituados á los principios claros y toscos de la geometría, sin raciocinar sino despues de haberlos examinado y manejado bien, se extravian en las cosas sutiles, cuyos principios no se pueden tratar de esta manera. Tales cosas apénas pueden verse: se dejan sentir mas bien que ver, y hay trabajo infinito en hacerlas sensibles á los que no las sienten por sí mismos. Son tan delicadas y tan numerosas, que se necesita un sentido muy fino y muy claro para percibirlas, sin poder las mas veces demostrarlas por órden como en geometría; así porque no se poseen como en esta los principios, como porque seria interminable el emprenderlo. Es preciso ver todo de golpe y de una sola ojeada; no por un raciocinio progresivo, á lo ménos hasta cierto grado. Son raros, pues, los geómetras sutiles; y del mismo modo se hallan pocos sutiles que sean geómetras: porque pretendiendo estos tratar geométricamente las cosas sutiles, no consiguen mas que hacerse ridículos al querer empezar por las definiciones y seguir despues por los principios; lo que es impracticable en semejantes raciocinios. No quiere decir esto que no lo haga el espíritu; pero lo hace tácitamente, de un modo natural y sin arte: el explicarlo excede la capacidad de los hombres, y el percibirlo pertenece á muy pocos.

Acostumbrados los espíritus sutiles á juzgar á la primera ojeada; cuando se les presentan proposiciones que nada comprenden y en las que para comenzar es preciso pasar por definiciones y principios estériles que por lo comun no ven menudamente, se aturden de tal modo, que desde luego se cansan y se hostigan. Pero los espíritus falsos no son ni sutiles ni geómetras.

Los geómetras que no son mas que geómetras, tienen pues el espíritu recto, pero con tal que se les expliquen bien todas las cosas por definiciones y principios: de otro modo son falsos é insufribles, porque no son rectos sino cuando caminan sobre principios puestos perfectamente en claro. Los espíritus sutiles que solo son sutiles, no pueden tener paciencia para descender hasta los primeros principios de las cosas especulativas y de imaginacion que nunca han visto en uso, y mucho ménos en el trato comun.

3.º—Muchas veces para probar ciertas cosas se echa mano de tales ejemplos, que esas mismas cosas pudieran servir para probarlos; mas esto no deja de producir su efecto: porque como siempre se crée que la dificultad está en lo que se pretende probar, parecen los ejemplos mas claros. De

la misma suerte cuando se quiere demostrar una cosa general, se da la regla particular de un caso; y si al contrario, se comienza por la regla general. Se encuentra siempre oscura la cosa que se quiere probar, y clara la que se emplea en su prueba: porque cuando se propone una cosa con el fin de probarla, desde luego la imaginacion se ocupa de la idea de que es oscura como de que al contrario es clara la que debe probarla; y así se comprende fácilmente.

4.°—Todo nuestro raciocinio se reduce á ceder á la impresion. Pero la fantasía es semejante y contraria á ella: semejante, porque no raciocina; contraria, porque es falsa: de modo que al que está colocado entre las dos le es muy dificil distinguir. Se me dice: Tu sensacion es fantasía, y mi fantasía es sensacion; y yo digo lo mismo por mi parte. Seria menester una regla; pues la razon dispuesta á ceder por cualquier lado, viene á ser enteramente nula.

5.°—Los que juzgan de una obra por regla, se pueden comparar á lo que son los que tienen relox respecto de los que no le tienen. Uno dice, Hace dos horas que estamos aquí; otro, No son mas que tres cuartos. Visto mi relox digo al primero, Estais incomodado; y al segundo, No os pesa el tiempo mucho, porque ha corrido ya hora y media. Así me burlo de aquellos que me dicen que el tiempo se me alarga: ignoran que no le mido por capricho sino por mi relox.

6.°—Algunos hay que hablando bien, no escriben de la misma manera. El lugar, el concurso y otras causas como estas, enardecen y hacen producir á su espíritu lo que no se veria sin tal estímulo.

7.°—Lo que tiene de bueno Montaigne no puede adquirirse sino dificilmente. Lo que tiene de malo (entiendo fuera de las costumbres) se hubiera podido corregir en un momento con decirle que escribia muchos cuentos y hablaba demasiado de sí mismo.

8.°—Es un mal grande el seguir la excepcion en lugar de la regla: se debe ser severo y contrario á la excepcion. Con todo, siendo cierto que hay excepciones de la regla, sin dejar aquí de ser severo, es preciso ser tambien exacto.

9.°—Ciertas gentes quisieran que un autor jamas hablase de cosas de que otros han hablado, acusándole de no decir nada nuevo. Si las materias no lo son, lo es la manera en que las trata. Una misma pelota sirve á dos jugadores, mas no recibe de ambos la misma direccion: el uno la sabe impeler mejor que el otro. Esta acusacion es semejante á la de usar de voces anticuadas; como si unos mismos pensamientos no formasen otro cuerpo de discurso por una disposicion diversa, así como las diferentes disposiciones de palabras forman pensamientos distintos.

10.°—Comunmente persuaden mejor las razones que ocurren al mismo á quien se quiere persuadir, que no las que se ofrecen al entendimiento de los que pretenden persuadirle.

11.°—Naturalmente el entendimiento crée, y la voluntad ama: de manera que á falta de objetos verdaderos, es preciso se adhieran á los falsos.

12.°—Los grandes esfuerzos de espíritu que á veces elevan el alma á cierto punto, son posiciones en que ella no puede mantenerse. Salta y llega á tocar, pero cae al momento.

13.°—El hombre no es ángel ni bestia; mas por desgracia hace de bestia el que quiere hacer de ángel.

14.°—Sabida la pasion dominante de alguno, es seguro agradarle. Sin embargo, como cada uno tiene sus caprichos contrarios á su propio bien en la idea misma que se ha formado de él, esta inconsecuencia desconcierta á los que tratan de ganar su afecto.

15.°—Un caballo no pretende hacerse admirar de su compañero. Se advierte en ellos cierta especie de emulacion en la carrera, pero aquí acaba todo: el mas feo y mas pesado no cede por esto su cebada al otro al verle en el pesebre. Lo contrario sucede entre los hombres: no se satisface su virtud por sí misma, ni estan contentos si no logran algun ventaja sobre los demas.

16.°—Del mismo modo que se corrompe el espíritu, se corrompe tambien el sentimiento. Uno y otro se forman por las conversaciones buenas, así como se vician por las malas. De consiguiente importa mucho saber escoger bien para formar el sentimiento y conservarle; mas esta eleccion no puede hacerse sino por quienes le tienen ya formado y puro. ¡Felices aquellos que le adquieren en una reunion de hombres como estos!

17.°—Cuando entre las cosas naturales que no tenemos necesidad de conocer, hay algunas sobre las cuales se ignora la verdad, tal vez no es malo que un error comun fije el espíritu, como sucede con la luna á que se atribuyen las mudanzas de tiempo, ó los progresos de las enfermedades; pues una de las principales que afligen al hombre, es una curiosidad inquieta por todo aquello

que no está á su alcance. Con todo, por mi parte no me atreveré á decidir si es menor mal para él seguir en el error en cosas de tal naturaleza, ó vivir agitado por esta curiosidad inútil.

18.°—Si el rayo cayese sobre lugares bajos, los poetas y todos aquellos que no saben raciocinar sino sobre cosas semejantes, carecerian de pruebas.

19.°—El órden del espíritu son los principios y las demostraciones; el del corazon es diferente. No se prueba deber ser amado exponiendo por órden las causas del amor: esto seria ridículo.

Jesucristo y S. Pablo prefirieron este órden, es decir, el de la caridad al del espíritu, porque su objeto principal no era instruir sino encender. Del mismo modo lo ha hecho S. Agustin. Este órden consiste especialmente en la digresion sobre cada punto que tiene relacion con el fin para mostrarle siempre.

20.°—Hay hombres que enmascaran toda la naturaleza. Para ellos no hay rey sino un augusto monarca; no hay Paris, sino una capital del reino. Unas veces es menester decir Paris, y en otras es preciso llamarle capital del reino.

21.°—Cuando en un escrito se encuentran palabras repetidas, y queriendo corregirlas parecen tan propias que quitándolas quedaria imperfecto el discurso, por solo esto es preciso dejarlas. Sin haber una regla general, la envidia que es ciega, crée que tal repeticion en tal lugar es una falta.

22.°—Los que hacen antítesis forzando las palabras, son como aquellos que hacen ventanas falsas para guardar la simetría. No es su regla hablar justo, sino que las figuras esten ajustadas.

23.°—Una lengua respecto de otra es una cifra en donde las palabras estan cambiadas en palabras, no las letras en letras; y así una lengua desconocida es descifrable.

24.°—Hay un modelo de gracia y de hermosura que consiste en cierta relacion entre nuestra naturaleza débil ó vigorosa, tal cual es, y la cosa que nos agrada. Todo lo que está formado por este modelo nos es grato: casa, jácara, discurso, verso, prosa, mugeres, pájaros, rios, árboles, alcobas, vestidos. Todo lo que no es conforme á él, desagrada á los hombres que tienen buen gusto.

25.°—Así como se dice belleza poética, se deberia decir tambien belleza geométrica y belleza medicinal. Con todo, no se dice; y la razon es que sabiéndose bien cual es el objeto de la geometría y cual el de la medicina, se ignora en qué consiste la gracia que tiene por objeto la poesía. No se sabe lo que es ese modelo natural que es preciso imitar; y por la falta de este conocimiento se han inventado voces extravagantes, como siglo de oro, maravilla de nuestros dias, fatal laurel, bello astro; dando á este guirigay el nombre de belleza poética. Quien se imagine una linda jóven vestida por tal gusto, al contemplarla cubierta de espejos y cadenas de azófar, en vez de parecerle agradable no le será posible contener la risa; pues mejor sabido es en qué consiste la gracia de una muger, que no la de los versos. Sin embargo, pareciéndoles acaso admirable en semejante arreo á los que no lo entienden, en muchos lugares dirian que era la reina. Por esa razon á los sonetos trabajados segun este modelo, hay quien les llame los de las reinas de lugares.

26.°—Cuando un discurso natural nos pinta una pasion ó un efecto, hallamos en nosotros mismos la verdad de lo que oimos, ántes oculta sin que lo supiésemos, y nos inclinamos á amar á aquel que no las hace sentir, porque no hace alarde de su propio bien, sino del nuestro. Este beneficio le atrae nuestro afecto, prescindiendo de la comun inteligencia que con él tenemos y necesariamente nos inclina á amarle.

27.°—Es menester que haya de lo agradable y de lo real en la elocuencia; pero es preciso que sea real lo agradable.

28.°—Cuando al abrir un libro se manifiesta el estilo natural, admira y enagena: esperando un autor se encuentra un hombre. Mas cuando los que tienen buen gusto creen hallar un hombre, se sorprenden al dar con un autor: *plus poeticè quàm humanè locutus est.* Honran bien á la naturaleza los que le enseñan que puede hablar de todo, aun de teología.

29.°—La última cosa que se sabe al trabajar una obra, es cuál se debe colocar primero.

30.°—Sin duda en el discurso se debe llevar el espíritu de una cosa á otra para aliviarle, pero solamente cuando es oportuno y no de otra manera; porque el descansar fuera de tiempo, cansa, fastidia y hace dejarlo todo. ¡Tan difícil así es obtener nada del hombre si no es por el placer, moneda en cuyo cambio damos cuanto nos piden!

31.°—¡Qué vanidad la de la pintura que atrae la admiracion por la semejanza de las cosas cuyos originales no se admiran!

32.°—Un mismo significado varía segun las palabras que lo expresan. Los significados en

vez de dar dignidad á las palabras, la reciben.

33.°—Aquellos que estan acostumbrados á juzgar por la impresion, nada comprenden de lo que está sujeto al raciocinio, porque quieren penetrarlo todo á la primera ojeada sin reducirse á buscar los principios. Los habituados, al contrario, á discurrir por ellos, tampoco pueden por la impresion comprender cosa alguna buscándolos y careciendo de la perspicacia necesaria para ver todo desde luego.

34.°—La verdadera elocuencia se burla de la elocuencia: la verdadera moral, de la moral; es decir, que la moral del juicio se burla de la desarreglada del espíritu.

35.°—Todas las falsas bellezas que afeamos en Ciceron, tienen admiradores en gran número.

36.°—Burlarse de la filosofia, es en realidad filosofar.

37.°—Hay muchos que oyen el sermon de la misma manera que las vísperas.

38.°—Los rios son caminos que marchan y conducen á donde se quiere ir.

39.°—Dos caras parecidas, de las cuales ninguna en particular hace reir, excitan la risa por su semejanza cuando se ven á un tiempo.

40.°—Los astrólogos, los alquimistas &c., no carecen absolutamente de principios, pero abusan de los pocos que tienen: luego el abuso de las verdades debe ser castigado lo mismo que la introduccion de las mentiras.

41.°—No puedo perdonar á Descartes. Bien hubiera él querido en toda su filosofia olvidarse de Dios; pero no pudo dejar de hacerle dar al mundo un papirote para ponerle en movimiento.

Despues de esto ya no se le ocurre hacer nada de Dios.

ARTICULO XI.

Sobre Epicteto y Montaigne (1).

1.°—Epicteto es uno de los filósofos del mundo que han conocido mejor los deberes del hombre. Antes de todo quiere que considere á Dios como su principal objeto; que viva persuadido de que gobierna todo con justicia; que se someta á él de corazon, y en fin, que siguiéndole voluntariamente en todo, pues nada puede hacer sino con una sabiduría infinita, disponga su espíritu á reprimir el descontento y las quejas, y á sufrir con resignacion los reveses mas duros. „Jamas, dice, „jamas digais, he perdido esto; decid al contrario, „lo he devuelto, he devuelto mi hijo, he devuelto „mi muger, he devuelto mi fortuna; y lo mismo „de todo lo demas. Acaso me diréis que os lo qui„ta un malvado; mas ¿á qué fin examinar cuál es „el medio de que se vale Dios para tomaros lo „que os ha prestado? Miéntras fuere su voluntad „que hagais de ello uso, cuidadlo como una pro„piedad agena, haced lo que en una hostería ha„ce un viajero. Ni aun debeis desear que las co„sas sean como quereis; debeis desear que se ha„gan como se hacen. Acordaos de que semejante

(1) Todo este artículo está extractado de un diálogo de Pascal con Saci, en el cual se han conservado solamente los pensamientos de aquel. Los que quieran leerle por entero, pueden ver el tomo 5.° de la continuacion de las Memorias de historia y de literatura, ó las Memorias de Fontaine tom. 2 (*Ed. de* 1821).